

UN MILLON DIARIO

El embajador de Estados Unidos, Thomas R. Pickering, en conferencia ante miembros del Consejo Nacional de Empresarios Salvadoreños (CONAES), resumió la ayuda económica que su país proporciona al gobierno salvadoreño señalando que ésta asciende a un millón de dólares al día.

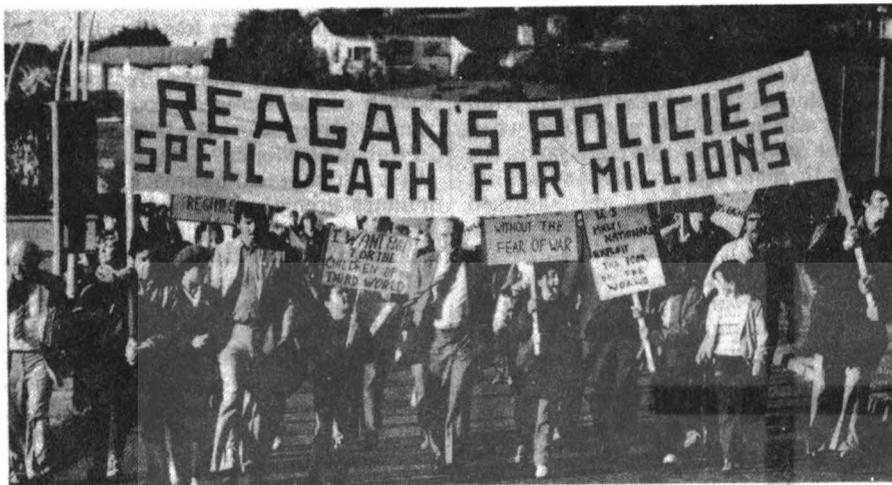
El total de la ayuda económica norteamericana (donaciones y préstamos) en los últimos 5 años es de 984 millones de dólares, más de un tercio de este monto ha sido concedido en el año fiscal que finaliza el 30 de septiembre de 1984. Los fondos concedidos, según lo destaca el mismo embajador, representan "la ayuda económica más cuantiosa del hemisferio y la tercera en todo el mundo." En relación a magnitudes nacionales, el monto total de la ayuda estadounidense equivale al 84 por ciento del PIB generado por El Salvador durante 1983, ¡una "ayuda" económica casi tan grande como la capacidad productiva anual del país.

De acuerdo con la descripción presentada por Pickering, el destino de los fondos otorgados abarca desde programas de apoyo a la balanza de pagos hasta la construcción de aulas de clase, pasando por programas de dotación de equipo y medicinas al sistema de salud pública y proyectos de reestructuración de la administración de justicia, entre otros. Concluir de los montos de la ayuda y del "arco" de la presencia norteamericana que somos dependientes equivale a destacar lo evidente. Sería tal vez pertinente preguntarse a qué sectores nacionales favorece la ayuda, cuál ha sido el efecto global sobre la economía del país, qué perspectivas ofrece para alcanzar el objetivo gubernamental de reactivar la estructura productiva.

El 75 por ciento de la ayuda norteamericana durante el año fiscal 1983-1984 se destinó a programas de "estabilización y recuperación económica;" 17 por ciento a programas de "desarrollo social" (asistencia financiera a cooperativas del sector agrario reformado); 7 por ciento para "ayuda humanitaria" (atención a desplazados); y, uno por ciento para la "consolidación de instituciones democráticas" (administración de justicia y Consejo Central de Elecciones).

Especial atención merecen los programas de reactivación económica y no únicamente porque ellos absorben la mayor parte de los fondos (277 millones de dólares), sino por la concepción misma que encierran. El énfasis se encuentra en el "apoyo a la balanza de pagos, con el objetivo de mantener la capacidad del país para importar materias primas, insumos agrícolas y productos esenciales para la producción de la industria agrícola y los productos básicos;" y se concibe al sector privado como el "sector clave para la recuperación," se le otorga "prioridad especial a la ayuda para el sector industrial privado, créditos especiales y divisas para capital de trabajo e importación de materias primas." En otros términos esto significa que se estaría tratando de lograr la recuperación económica fundamentalmente mediante estímulos a la oferta global (a la producción), a través del financiamiento masivo de las necesidades de importación del sector privado, y en forma especial a las del sector privado industrial.

En contraste, no se considera ningún programa prioritario que tenga como objetivo estimular la escasa demanda interna. El ingreso *per cápita* ha disminuido en 35 por ciento en el transcurso de los cuatro últimos años, el de-



empleo y subempleo afectan acerca del 50 por ciento de la población económicamente activa, los desplazados por la guerra representan un 10 por ciento de la población nacional —lo cual significa que aproximadamente 100.000 familias están excluidas de la posibilidad de satisfacer sus necesidades básicas accediendo al mercado nacional.

En los programas de estabilización y recuperación económica, la generación de empleos —fuente exclusiva de ingresos para más del 70 por ciento de la población nacional y, por lo tanto, factor determinante en la demanda de consumo privado— se aborda únicamente a través de proyectos de empleo temporal, los cuales contemplan básicamente proyectos de construcción y mantenimiento de obras de infraestructura, pero que tienen un alcance limitado dados su magnitud y cuantía. El impacto positivo que sobre el nivel de empleo pudiera tener la reactivación industrial, se ve disminuido en la misma medida en que esta se logre a través del financiamiento de importaciones.

Por otra parte, al gasto público (otro de los grandes componentes de la demanda global) se le aplican medidas de austeridad. Las perspectivas de incentivar la demanda externa son casi inexistentes, especialmente para los productos industriales, los cuales fuera del área centroamericana difícilmente encuentran mercado, y dentro de la región, las dificultades crecientes para reactivar el mercado común anulan posibilidades, al menos en el corto plazo.

En este contexto, las perspectivas de lograr la reactivación de la estructura productiva, obje-

tivo declarado de éste y anteriores gobiernos, son mínimas aún cuando surtieran efecto las políticas de estímulo industrial, dirigidas a un sector que hasta ahora no ha demostrado voluntad política para desempeñar el papel clave que se le asigna en el proceso de reactivación.

No hay que olvidar, por otra parte, que la realidad determinante en el país continúa siendo la guerra. Determinante no sólo porque en función de ella se planifica y se programa, no sólo por los elevados recursos humanos y materiales que consume, sino también en cuanto factor distorsionador de medidas y políticas económicas que en otro contexto serían eficientes y eficaces. La ayuda económica “más grande del hemisferio” ha tenido un mínimo efecto sobre la economía global; según fuentes oficiales, el PIB ha decrecido a un ritmo anual del 7.8 por ciento durante los tres primeros años de guerra, logrando al final de 1983 una tasa de crecimiento cero.

Una ayuda económica destinada mayoritariamente a satisfacer las necesidades financieras del sector privado industrial, con escasos beneficios para unas mayorías populares que han venido soportando el peso de la guerra, no puede considerarse ni ética ni técnicamente adecuada. Pickering señaló en su discurso que “la ayuda militar por sí sola es de poco valor, sería como tratar de equipar al personal de seguridad de una fábrica vacía;” sin embargo, la ayuda económica que hiciera funcionar la fábrica sin que su producción encuentre un destinatario en los sectores mayoritarios de la población tiene también poco valor.

E.H.